

# LA UNIVERSIDAD, LA JUVENTUD Y LA REVOLUCION

**Por Juan Lozano y Lozano**  
**Texto de la conferencia dictada por el doctor Juan Lozano y Lozano en la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, con ocasión de la semana universitaria Bolivariana.**

Si obviamente la palabra universidad deriva de universal y de universo, o sea de lo que es general y alcanza indefinidamente a todas las unidades de una especie, yo diría que la preclara sede de estudios que me ha hecho el honor de invitarme a hablar esta tarde, está triplemente comprometida en la búsqueda de una interpretación del universo, por universidad, por católica y por bolivariana. Y con una interpretación del hombre, desde luego, porque el hombre es parte del mundo y está en relación directa con la concepción del universo. La historia del pensamiento nos muestra que a medida que el horizonte astronómico ha venido ensanchándose, se ha extendido también, como concepción, si no como actuación, el horizonte moral del hombre. En modo que esa otra palabra, humanidades, que nos es familiarmente afín a la de universidad, y que obviamente deriva de hombre, tiene también motivo múltiple para ser objeto de la preocupación esencial de este instituto.

Esta universidad como otras varias que en nuestro país crearon y conducen desinteresadamente algunos próceres de la cultura, ha tenido vertiginoso desarrollo en breve lapso; y al cumplir ahora los primeros cinco lustros de vida, puede decir que ningún instituto similar es más moderno, en materias científicas y pedagógicas y aún en condiciones locativas y dotacionales. Como sucede con las más calificadas universidades contemporáneas, aquí también se inicia y crece diariamente el número de las disciplinas impartidas, a tiempo que el pénsum de cada una se diversifica y multiplica y se

prolonga de lo profesional tradicional en lo tecnológico actualismo. No sólo mucha fisiología y mucha matemática pura, sino también mucha merceología y mucha mecánica de motores, según los premiosos requerimientos de la vida contemporánea. Pero no ello al acaso ni en obediencia a simples exigencias de la economía; sino todo el armazón de la enseñanza práctica fundado sobre una concepción general del hombre y de su relación con el universo y de su origen, su misión y su destino.

Se ha dicho que las verdaderas universidades modernas son las bibliotecas, en cuanto el progreso de los medios de difusión del pensamiento hacen innecesario que las gentes de todas partes del mundo acudan en peregrinación a los sitios del saber, como lo hacían en el siglo trece, para usufructuar del raro y temporáneo privilegio de escuchar en Bolonia la enseñanza de Ireneo o en París la doctrina de Abelardo. Pero no es ello así. Las bibliotecas servirían de bien poco, si las gentes no supieran leer; es decir, si no tuvieran esa justificación y ese derrotero para la lectura, que sólo dan las universidades. Una lectura desordenada, hecha al acaso del tarjetario, sin gradación, sin antecedentes y sin consecuentes, es fácil que resulte en desorientación mental antes que en construcción y ensanche de la personalidad. Por ello se conservan y expanden las universidades; y no sólo perduran y crecen sino que las que realmente merecen ese nombre, tienen por primordial en su tarea reproducir el concepto en que se fundaban las universidades medioevales. Aquellas universidades o corporaciones de estudiantes y profesores, tuvieron su principal preocupación enfocada a la teología, o sea a la justificación o explicación del universo; y hoy, como entonces, los más altos intereses del hombre están confiados a las universidades. En cuanto a la teología, ella ha sido —y lo fue más entonces— el estudio propio de las mentes más altas que han aflorado al mundo. Cuál es la naturaleza de este universo prodigioso, cuáles son nuestras relaciones con él y con todas las cosas cognoscibles por el hombre, o sólo conocidas por el creador del hombre y del universo. Teología era el nombre con que se conocía todo este forcejeo del espíritu en busca de verdades superiores, que hoy llamaríamos más bien filosofía; pero que, con todo lo embalsamado que pueda estar el nombre, conserva vitalidad torrencial para la raza humana.

Estuve buscando ayer entre mis desordenados papeles, y no tuve la suerte de encontrarlo, un interesante fascículo

lo de mi amigo el doctor Luis Ospina Vásquez, publicado aquí en Medellín hace pocos años, en el que, como contestación a alguna encuesta sobre reforma de la Universidad, emite conceptos vigorosos y atrevidos sobre el problema. Recuerdo entre ellos, y ojalá no recuerde infielmente, el fundamental de que el núcleo de toda universidad —y, desde luego, de la nuestra— debe ser una grande escuela de filosofía, que coordine la orientación de las diversas enseñanzas y se apersona del problema de la creación de una personalidad nacional, al través de la formación de sus dirigentes intelectuales y sociales. Digo que lamento no poder citar escrupulosamente aquel estudio de uno de los fuertes valores mentales del país contemporáneo porque ese estudio me explicó varios fenómenos de la sociedad, y me hizo ver la posibilidad de corregir graves fallas nacionales.

Nuestra universidad nacional, aun cuando cuenta con varios profesores competentes en su materia, no tiene orientación ninguna; sus directores se ocupan en cuestiones de régimen interno, de pensum de dotación y mueblería, de horario y aún de procurar mayor comodidad a los estudiantes; pero parece que no se hubieran propuesto a sí mismos el problema de cuál es el tipo de ciudadano y de dirigente social que están creando. Uno que otro rector ha impuesto deliberadamente algún derrotero intelectual parcial y recortado, que de intelectual pasa a político y de político a sectario y clasista; otro ha venido y ha discontinuado el proselitismo, sin proponer un nuevo punto de referencia a los estudiantes; otro ha pretendido hacer de la universidad, escuela de policía secreta, gobiernista.

Todo ello ha quedado fragmentariamente flotando en el ambiente universitario. De todos modos, una gran confusión, un medroso vacío, un ruinoso lucro cesante de dirección para el país. Los estudiantes actuales, conservando, desde luego el ímpetu generoso que es propio de nuestra juventud, me dan la sensación de flotar en una suerte de niebla espiritual, de la cual quisieran salir a alguna parte. Y tengo también la sensación, ojalá errada, de que en buena porción de ellos, por falta de otras perspectivas, ejerce cierta fascinación la sola propaganda que llega a su conocimiento, y que es la del fenómeno soviético. Por ser la universidad nacional la inmensamente mayor entre las de Colombia, su desorientación contagia casi todos los demás ambientes universitarios.

Antes de hacer alguna observación sobre el aspecto político de la educación superior, quiero decir qué tipo de educación general, desconectado de la política, es el que las autoridades universitarias debieran proponer como adecuado para los dirigentes colombianos. En Inglaterra, por ejemplo, se procura que el egresado de la universidad sea sujeto de buenas maneras, amigo de la verdad y de la equidad, ingenuo, deportivo, inclinado a las actividades prácticas antes que a las abstracciones espirituales. En cuanto a la educación universitaria hace relación, a la conducción y marcha del Estado, allí se atribuye peculiar importancia a la tradición familiar en la formación del hombre público y en la secuencia de los empeños nacionales; en forma que la educación universitaria fue por siglos deliberado patrimonio de una clase social, y en buena parte sigue siéndolo. El Estado imparte a la generalidad de los ciudadanos, es decir, a campesinos, obreros, artesanos miembros de la pequeña burguesía en locales mejores que los mejores de nuestros colegios secundarios privados, y en forma absolutamente gratuita, con excelentes maestros, una instrucción elemental y media que en términos generales podría decirse que equivale a nuestro bachillerato, a más de ello, escuelas vocacionales de agricultura, artes y oficios, comercio, técnica industrial, cuestiones administrativas preparan adecuadamente a las gentes comunes para desempeñar con eficacia e iniciativa los empleos menores y medianos de la economía y el gobierno. Un simple policial inglés, por ejemplo, tiene conocimientos más sólidos, o, por lo menos más prácticos, que un bachiller latinoamericano; y principios éticos más firmes.

Pero de este nivel general que da a la democracia fundamento de opinión pública consciente, es muy difícil ascender en la escala intelectual y directiva, porque las universidades son privadas y fuertemente costosas y de limitado cupo, interferido por privilegios de conexión familiar con ellas. En modo que esta idea de formar una clase dirigente tradicional, de alta calidad y muy por encima del nivel común, constituye la misión de la universidad inglesa. Desde mediados del siglo pasado parecería haberse abierto un boquete en aquella fortaleza aristocrática, para que el pueblo ascendiera a dirigir por sí mismo sus destinos. Las becas, o scholarships, que personas pudientes y entidades establecen para ser otorgadas por concurso a pobres y plebeyos, los deja entrar a ellos, pero no democratiza la institución; porque las gentes comunes son una minoría que adquiere los hábitos del ambiente aristocrático universitario, y por él que-

da absorbida. Entre los políticos ingleses de este siglo, nadie podría decir quién mostraba una seguridad más suelta y elegante en su papel de hombre de Estado, si el rancio aristócrata Churchill, el acaudalado industrial Baldwin o el plebeyo socialista Mac Donald.

De todos modos, y sin entrar a opinar sobre el mérito de este tipo de organización social y política incubado en la universidad, es lo cierto que la universidad británica crea, conserva o cultiva o determina un particular tipo humano y una especial organización de la sociedad, en la que se cifra el genio nacional. No me extenderé tan largamente en la consideración del universitario alemán, que aspira a ser Herr Professor, y que es el hombre saturado de ciencia hasta lo abstruso, en cualquier departamento o vericuetto del saber humano. La verdadera aristocracia alemana es la clase científica que ha creado, a más de los tratados magnos sobre las bases de las ciencias y de una entera civilización tecnológica, dos nuevos monumentos de la precisión científica, que son la administración pública y el ejército alemanes. Es costumbre en las universidades germánicas que los estudiantes realmente interesados en alguna disciplina, entren como pupilos privados en casa de sus profesores, y allí desempeñen funciones afines a un tiempo a las de discípulos, ayudantes amigos y sirvientes. Es así como las grandes investigaciones comenzadas por un profesor, prosiguen a su muerte con fervor de cosa propia, con un mismo criterio, con una misma pasión, por quienes en ellas han participado íntimamente.

La universidad italiana, en cambio, es lo más anárquico, abigarrado y pintoresco que existe; crea el tipo genial del disidente y del individualista. Los estupendos y elocuentes profesores son un grande espectáculo, porque hablan como si estuvieran en la cámara, con emoción y con imaginación, a más de genial sabiduría; y los alumnos los aplauden con frenesí, o los silban impunemente, como si estuvieran en el circo. La población universitaria es, por otra parte, lo más variado, gracioso, cordial y solidario que pueda darse en un grupo humano. Allí el patricio cuya familia ha fatigado por doce o quince siglos la historia del mundo anda de bracetete con el bohemio desharrapado y con el burgués metódico y con el extranjero pernicioso. Y unos y otros se dejan crecer alternativamente la barba, la chivera, los bigotes, las patillas, y se presentan en fondas y tabernas en los más estrambóticos atuendos y con una alegría desbordante. Terminada la clase, el estudiante italiano no vuelve a pensar en el asun-

to hasta la próxima, pero en las vísperas del examen o del grado capta lo suficiente para contradecir a los examinadores en forma brillantísima.

Qué tipo de ciudadano y de conductor social aspira a formar nuestra universidad? El italiano, el británico, el alemán, el portugués, el suizo, el belga? O un tipo particular, que responda a la índole, a la historia, al medio social de los colombianos; que acentúe y desarrolle lo mejor que en nosotros existe; y que combata nuestros defectos más notorios y perjudiciales? Yo creo que es muy raro el rector o decano o profesor universitario que en Colombia se haya hecho a sí mismo esta pregunta. Yo creo también que parte de la indiferencia general con que nuestros universitarios toman el proceso de sus propios estudios se debe a que nadie en el ambiente universitario levante ante ellos ideal más alto que el de coronar una carrera profesional. La sensación de estar creando dentro de su ser una acumulación de energía y de ensueño para altas empresas de la vida; la emoción de estar compenetrándose con su pueblo, con su raza, con su historia, con su credo, para la integración de una patria cada día más propia, más característica, más fuerte, la inconformidad con la miseria y el dolor ajenos, con el estancamiento, con la corruptela y la rutina, que se traduzca, no en arbitraria adjudicación de responsabilidades ni en inocua protesta, sino en acción creadora de nuevas condiciones; la ambición de forjar cosas nuevas y grandes, un gran descubrimiento, una grande empresa, un gran libro, una hazaña heroica; nada de ello está estimulado por el ambiente de la universidad colombiana; todo ello tiene el estudiante que crearlo en sí mismo de sana planta, sin sugestión, indicación ni apoyo por parte de sus maestros, y aún en contradicción con la rutina universitaria. Y si varios lo logran, muchos no tienen la ocasión de intentarlo.

No es de extrañar que la energía vital latente en la juventud, su instintiva aversión a la iniquidad, su propensión al rechazo de lo viejo y su amor de lo nuevo, la patenticidad con que al ojo nuevo se presentan los vicios y las deficiencias de la organización social, con su cortejo de destitución, de humillación y de injusticia, empujen, los jóvenes a ese confuso estado de alma que impropriamente se llama revolucionario, y que consiste en creer que una ley o una asonada pueden resolver de un tajo, sin más problemas, las lacras y dolores del mundo. Quiero decir de una vez simpatizo con el sentimiento revolucionario de la juventud. Pero que un uni-

versitario no tiene la excusa que pueden tener un obrero o un campesino, para no saber lo que significa exactamente una revolución, ni para hacer caso omiso de las responsabilidades que ese concepto acarrea y ni para arrastrar a otros al sacrificio, detrás de ilusiones, embelecos y fantasmas.

Una revolución puede significar, en el sentido que lo dio Aristóteles, en una suerte de ciclo o vuelta de la historia. En la idea de que la historia se repite, y de que los acontecimientos cívicos provocan proyecciones, desviaciones y reacciones fatales. Una revolución en tal sentido etimológico de rotación, puede consistir en que el poder absoluto del sátrapa conquistador de un imperio, dé origen a una aristocracia que trate de moderar sus desmanes; y en que esa aristocracia se transforme en una oligarquía; y en que esa oligarquía dé ocasión a un violento sacudimiento de pueblo que provoque el caos social; y que de ese caos social surja el hombre fuerte, el sátrapa, que vuelva a poner orden en la sociedad, y a sujetarla y oprimirla.

Una revolución puede significar también el advenimiento de alguna idea o de algún invento que entrañe condiciones de vida necesariamente diferentes para la sociedad; en modo de que al revés de la acepción anterior, ella —la sociedad— no pueda volver al sitio de donde partió. Así hablamos, por ejemplo de la revolución industrial, motivada por la aparición de las máquinas mecánicas que aceleraron la producción, hicieron pasar la economía de la etapa de la producción para el consumo propio o vecinal, a la economía del cambio, con el consiguiente surgir del fenómeno de la economía monetaria, y concentraron en arias limitadas grandes aglomeraciones obreras, con todos sus problemas, la revolución francesa, que varió todas las relaciones, sociales al introducir en ellas el concepto de hombre y de ciudadano, dotado de una dignidad fundamental y rodeado y defendido contra los poderes, por una órbita intranspasable de derechos.

Una revolución puede significar también un simple movimiento violento, tendiente a derribar un gobierno o una casta y a sustituirlo por otro. Este es el sentido en que la toma generalmente el pueblo y que puede, en algunas ocasiones variar el panorama social en forma notoria, por un tiempo.

Una revolución, puede, en fin, significar otras cosas diferentes, que, por brevedad no menciono ahora. Pero como ella entraña grandes desajustes y perjuicios sociales que afectan gravemente a terceros sin su consentimiento (gene-

ralmente la revolución es la insurrección de una minoría que se toma por sí y ante sí la representación de la sociedad, contra otra minoría que también dice representar a esa sociedad) la revolución plantea, antes que todo, un caso de conciencia. Desde luego, todos sabemos que ha habido cambios en la historia y que debe haberlos, y que la revolución es, en ocasiones, una etapa acelerada de la evolución social. Pero hay que examinar si existen condiciones que hagan indispensable el fenómeno traumático y siempre desmoralizador de la revolución violenta, en vez de que el cambio se provoque y logre por vías naturales. Claro que contra un gobierno que concentre en sus manos todos los poderes del Estado; y que se muestre impermeable al clamor de la opinión nacional, y que sea fanático, cruel, beligerante y jactancioso, y que no dé posibilidad alguna legal de cambios en su estructura o en sus procedimientos, se justifica la última razón de una acometida violenta. Pero si ese no es el caso sino que todas las vías legales y normales están abiertas para que se adelante, dentro de la opinión pública movimientos encaminados a obtener cambios y mejoras, entonces la revolución no se justifica ante la conciencia moral de los hombres, y es un contrasentido. Porque todos sabemos que en todo sacudimiento social, el idealista desinteresado, el apóstol, el iluminado, el fanático, tiene que aliarse estrechamente con el gangster, el cual, por fuerza de las cosas lo supedita al tener el poder en las manos. Y entonces la revolución se desfigura y pierde todo su sentido primigenio.

Y antes de intentar cualquier revolución hay que tomar en cuenta si las nuevas ideas que se juzgan capaces de mejorar la situación actual, habrán de mejorarla realmente. O si son insignificantes, inocuas, inoperantes; y va a entregar un hato para recibir un becerro. O si, al revés, crearán condiciones contrarias al espíritu del hombre y a la naturaleza de las cosas que hagan terriblemente gravosa su vigilancia. Hay una melancólica ironía en las ilusiones revolucionarias. Las revoluciones se hicieron al través de la historia humana para disminuir el poder de coerción irresponsable e ilimitada de los gobiernos y las castas, y para ampliar en proporción análoga la dignidad trascendental y la esfera de acción y de pensamiento del hombre. Pero hoy el ciclo de la revolución está cerrado. Las últimas revoluciones de este siglo, la comunista, la fascista, la nazista, y sus derivaciones, son una desesperada lucha por la implantación del despotismo brutal, incontrolable, implacable, de los poderes artificia-

les sobre el hombre real, que debería ser el objeto de las instituciones y las leyes. Toda revolución en beneficio del despotismo, contradice sus términos y es absurda.

Desde esta tarde de mis años, en este caminar mío del crepúsculo, hacia más allá del crepúsculo, yo conservo, sin embargo, un hondo interesamiento por lo que pasa por la mente y por el corazón de los jóvenes y singularmente de los jóvenes estudiantes; y lamento que la diferencia de edades no me dé oportunidad frecuente de entretenerme con ellos, como lo hice por hábito y complacencia, hasta hace algunos años. Yo paseo por las calles y oigo que vienen los jóvenes en tropel, y que gritan "revolución"! y que una noble luz de esperanza desinteresada brilla en sus ojos intensos y cólera de fiebre en sus mejillas. Y yo quisiera marchar al lado de ellos, para, en una tregua de la peroración, de la gritería y la pedrea, decirles: La revolución? Sí, muy bien, la revolución. Yo quisiera ayudarles en cuanto alcanzasen mis debilitadas fuerzas. Pero cuál revolución? Alguna que sacrifique a una grande cantidad del pueblo inexperto, para cambiar a un sujeto por otro en el gobierno? Alguna que se practique para implantar un gobierno sin ley, despótico y atrabiliario; el cual, ya en el poder, empiece por diezmar sus propias filas con purgas sangrientas? Alguna que contraríe o anule lo que ha sido más permanente y hondo en la patria, que es la tierra de los padres? Alguna que favorezca a poderes extraños y ocultos e incoercibles, que quieran sacar la brasa de su propio interés por mano ajena? Descansemos un poco de la gritería y de la pedrea; y hablemos un poco de la revolución. Es posible que, si dilucidamos el asunto, nosotros, los viejos, marchemos con ustedes, en la primera fila de la revolución. Los viejos no somos completamente inservibles. Bolívar que murió joven y que fue revolucionario y que poseyó genio universal, ideó para su república un consejo de arcontes que ennoblecieran el ambiente de las justas con sus cabellos de plata; y que se ocuparan en preparar para los jóvenes, coronas en laurel y mirto, en la fiesta de la primera.

Pero hemos dejado un poco atrás el tema de la universidad, como crisol y molde en donde se plasme una nacionalidad. Es evidente que, en medio de este trópico bárbaro de dictadores y caudillos, nuestro país representó, al través de las décadas de su proceso histórico, espíritu cristiano, vocación intelectual, y sentimiento civil de la cosa pública. Es evidente que la lista de nuestros mandatarios es hondamente emocionante por la altura de su mente, por la pulcritud de su

vida, por el ardiente patriotismo y porque pensaron que la cosa pública es vaso santo, y en ella pusieron sólo un pensamiento puro. Es evidente que, al través de vicisitudes y de errores y luchas, nosotros los colombianos logramos formar y conducir un Estado de Derecho, que en muchos aspectos recordaba la austeridad luminosa y espléndida de la vida constitucional inglesa. Es evidente que, dentro de ese marco de estabilidad constitucional, habíamos logrado crear instituciones sociales estupendas; como un clero asceta e ilustre, un ejército austero, de mentalidad civilista; una vida económica y financiera totalmente ajena a esos escándalos que la acompañan, aún en países de larga civilización. Ustedes, los antioqueños, titanes laboradores, hombres del hierro en las manos dentro de un solo siglo, emplearon cincuenta años en la hazaña de creación del emporio del Quindío sobre tierras salvajes; y en otros cincuenta años han creado la industria nacional; la cual nos ha hecho pasar de país semi colonial, que todo lo importaba hasta la época del centenario, y más adelante, a país que cubre sus necesidades con su propia manufactura, y que está empezando la carrera de la conquista de mercados internacionales. Entre tanto, han fundado en la sola ciudad de Medellín, tres grandes universidades, que hacen honor a la cultura americana.

Los colombianos somos un pueblo que tradicionalmente ha amado y seguido la enseñanza de Cristo. Somos un pueblo que ha creado un Estado liberal y democrático, en cuanto por todos nosotros son tenidas como canon nacional, las instituciones características de los derechos civiles y políticos, del gobierno representativo, de la división de poderes, de la garantía de las libertades. De décadas atrás veníamos empeñados en una cruzada cada vez más intensa por la redención económica y cultural del pueblo de los pobres, por la realización progresiva de la justicia económica. Será estambótico proponer o ambicionar que la universidad colombiana aproveche estas características de índole de historia, en la plasmación y perfeccionamiento de una cultura colombiana, de una definida y definitiva conformación de la personalidad nacional? Yo no lo creo. Hoy mismo he visto en los periódicos, que la Pontificia Universidad Católica Bolivariana de Medellín, al conmemorar una larga y brava etapa de su recorrido, ha dado un manifiesto o declaración en la que fija como su principal cometido, mantener y exaltar los valores esenciales de la nacionalidad. Con esta Universidad que representa esfuerzo portentoso, logrado y progresivo, con su

Rector ilustre a quien la Santa Sede acaba de otorgar a la distinción en la jerarquía de la Iglesia universal, con su secretario y profesores eminentes con sus estudiantes ansiosos y gallardos, me congratulo en este día memorable para ellos, para Antioquia, la raza de la dura cerviz, y para la patria colombiana.

---